Año IX.—Núm. 154 Sabadell, 27 Octubre 1906

EL TRABAJO

Periódico obrero bimensual * * * * * * * Redacción y Administración: Estrella, 110

El fruto del trabajo

No sin dificultades se va abriendo paso la idea de que la tierra es el elemento natural inherente á la existencia humana, y, por lo tanto imposible en justicia de apropiación particular. La propiedad de la tierra como principio de derecho va de día en día perdiendo eficacia. La subordinación de su disfrute á los intereses generales, y la afirmación de que sólo el que por sí la cultiva puede alegar preferencias en su favor respeto de ese disfrute, son verdades que no todos se atreven ya á negar.

Consecuencia lógica en el orden de estas ideas, es la de que el trabajo debe seguir con más rigor la misma ley.

El trabajo es el primer instrumento de producción, el único; sólo él tiene virtud fecundante, creadora. Todo lo que no se debe al espontáneo trabajo de la Naturaleza, á la espontánea combinación de sus elementos, se debe al trabajo del hombre.

No hay, pues, que tener en cuenta para el estudio del desenvolvimiento y adelanto de las sociedades dos factores, capital y trabajo, sino uno solo: trabajo. El capital es un término de convención que sólo tiene valor accidental, en cuanto es forma, y forma por cierto imperfecta, de desenvolverse y organizarse el trabajo. Es convención por el trabajo creada, que el trabajo formó y á que el trabajo dió valor. Sin el trabajo el capital no sería. El trabajo es, pues, anterior al capital, y el capital no es sino el trabajo transformado, paralizado, cristalizado, que sólo puede por el mismo trabajo convertirse de nuevo en algo utilizable.

Es preciso destruir prejuicios y vaciar el derecho del porvenir en moldes que no son nuevos porque su esencialidad es tan antigua como el mundo, pero que están desconocidos y hasta negados por la maldad y el egoísmo de los hombres.

Lo que produce el trabajo es en primer término del trabajador. El que hace trabajar no es más que un intermediario entre el productor y el consumidor, intermediario que no tiene derecho como hoy, llámese industrial, llámese agricultor, llámese comerciante, á la parte del león, sino sólo y simplemente á la parte equitativa que por su personal trabajo le corresponde.

Cuando defendemos la industria, el comercio, la agricultura, los defendemos en su esencia como indispensables modos de actividad. No defendemos al industrial que nada produce, al comerciante que nada comercia, al agricultor que nada cultiva.

Llámase hoy, generalmente, con esos nombres á explotadores de sumas de trabajo que fué ó que es completamente ajeno; es decir, á los que explotan el trabajo en sus dos formas: capital (trabajo acumulado) y trabajo propiamente dicho (trabajo actual).

Preténdense hoy clases productoras, clases que no son tales sino en cuanto hacen producir á otras que tienen por inferiores.

La cooperación será indudablemente uno de los caminos por el que las clases trabajadoras reivindican para sí el fruto de su trabajo.

La ficción capital, ó desaparecerá ó quedará reducida á mero signo que facilite el cambio.

Se quejan hoy los explotadores del ajeno trabajo, en todas sus formas, de que se les merma el producto de su explotación.

Tienen razón, en cuanto esa merma venga á dificultar el desenvolvimiento de la riqueza pública, siquiera la actual organización sea tan imperfecta. No tienen razón en cuanto no es la estricta equidad principio en que pueden apoyar sus adquisiciones. La ignorancia oculta hoy estas verdades á las clases trabajadoras. Instrúyanse y adquirirán la conciencia de su poder. Cuando la hayan adquirido deberá á su esfuerzo el progreso, el más gigante de sus pasos.

Francisco Pi y Arsuaga

La guerra

El conferenciante de la Facultad de Letras prosiguió de esta manera:

—El asesinato es un acto natural y frecuente que produce, no obstante, efectos raros y singulares. Matar es cosa corriente para el animal y para el hombre, y el asesinato ha sido en todo tiempo apreciado en la sociedades humanas como una gran acción, subsistiendo aún en nuestras instituciones, huellas de aquel antiguo aprecio.

—¿Dónde se ven esas huellas?

—Entre otras cosas, hállanse los honores otorgados á los militares.

—¡Eso es exagerado!

—Quizá; pero no perdamos de vista que todas las acciones humanas tienen por móvil el hambre ó el amor.

El hombre inició á los bárbaros en el asesinato, impulsándoles á las guerras y á las invasiones. Los pueblos civilizados son como los perros de caza: un instinto feroz les excita á destruir sin causa ni utilidad.

La sinrazón de las guerras modernas se denomina interés dinástico, nacionalidades, equilibrio europeo, honor, siendo este último motivo, quizá, el más extravagante, toda vez que no hay pueblo en el mundo que no se haya manchado con todos los crímenes ni dejado de sufrir todas las vergüenzas y cuantas humillaciones pueden ser infligidas á una miserable colectividad de hombres. Si á pesar de todo aun existe honor en los pueblos, preciso es convenir que la guerra es un extraño modo de conservarle, es decir, cometiendo todos los crímenes por los cuales un individuo se deshonra: incendio, rapiña, violación, asesinato. Y en cuanto á las acciones, cuyo móvil es el amor, son por lo general tan violentas, furiosas y crueles como las inspiradas por el hambre, de modo que todo induce á considerar al hombre, como una fiera. Réstame examinar por qué he podido formular esos juicios y cuál es la causa por la que yo siento por ellos doble indignación: débese á que frente al mal existe el bien; si sólo existiese el mal, por la falta de comparación, sería desconocido, del mismo modo que la noche no tendría nombre sin la aurora que la pone término y el día que es su antagónico.

ANATOLE FRANCE

(L'Orme du Mail.)

Esperanto

Desde fa molts segles que's deixava sentir la necessitat de poguer parlar una sola llengua; ja en 1666, Leibnitz, feu alguns assaigs però ja sigui que aquelles generacions no estaven prou preparades o fos una cosa sense base sòlida, desde aquella data fins arribar al cèlebre *Wolapük*, totes les tentatives que's feren, donaren un resultat infructuós.

L'únich que ha resolt el problema amb una perfecció ja impossible de millorament, ha estat el doctor polach Lluís Zamenhof, qui va crear la llengua que'ns ocupa en 1887.

Cap llengua ha tingut en el món un èxit tan complert ni ha pres un vol tan prodigiós com l'*Esperanto* que'n pochs anys ha donat la volta a la terra trobant arreu dotzenes de individuos que s'han afanyat a adoptarla. Periòdichs científichs y congresos internacionals qui han sentit la necessitat de una llengua neutre, han adoptat l'*Esperanto*. ¿Per què els obrers no'm de fer el mateix? Nosaltres que per nostra condició de nòmedes no podem tenir per fronteres les que la Geografia senyala, o les que ha imposat la ralió de la forsa, sinó la diferencia de parla d'uns a altres; per això tenim d'esser esperantistes, pera que desapareixi l'única frontera veritable que troba l'obrer en son romiatge per la terra, y també'n tenim d'esser pera que'ls novells ideals que ja s'oviren, com la sortida de un sol esplendent, puguin trobar el camí més planer, mercès a aquesta prodigiosa llengua que té d'agermanar a tota l'humanitat.

Y deixeu que alguns se'n riguin de que barrejem l'*Esperanto* ab les idees, aquests no són esperantistes per més que alguns se'n diguin; aquells esperantistes que pertanyent a nostra lluyta no pel seu cap, sinó pel seu cor, sempre sentiran y aymaran en l'*Esperanto* abans que tot la seva idea interna: ells no temeran que'l món en befa els nomeni utopistes; aixís ho digué el mestre referintse a aquesta mena de gent que no sabent res de ideals, comprenen l'*Esperanto* com un còdich de senyals marines, gent de cor esquifit y ànima freda.

Nosaltres no li podem pas considerar amb aquesta forma, nosaltres divulgarem l'*Esperanto* pera que dongui uns fruits millors, tot treballant com digué en Zamenhof en el congrés de Ginebra per aquesta idea santa y gran que tots sentim molt bé, fraternitat y justicia entre tots els pobles.

Lingoo internacia. — Lingoo helpa internacia estas absolute necesa. La tuta tero estas nun kiel granda Turo Babela. La rilatoj inter la homoj de la diversaj nacioj ne estas facilaj. Rimedo por kompreno reciproka estas necesa. La lingoo *Esperanto* perfekte tañgas por tiu celo; (1) char vi remarkas, kiel tiu lingoo estas simpla kaj facila. Tamen multaj personoj ekzistas, kiy kredas, ke tio ne estas vera. Neniu estas pli bliuda, ol tiu, ki ne volas vide; neniu estas pli surda ol tiu, kiu ne volas añdi. -Ili rigardu kaj atentu, ili añscultu kaj legu kaj ili koutatos, ke ni estas pravaj, kiam ni pretendas, ke nenia lingoo natura estas pli facila kaj regula ol *Esperanto*.

(1) Per no tenir lletres acentuades posem la *h*.

Llengua internacional. —Una llengua auxiliar internacional y absolutament necessaria. Actualment tota la terra es una verdadera Torre de Babel. Les relacions entre els homes de diverses nacions són difícils. Es necessari un medi pera compendre'ns mutuament. La llengua *Esperanto* serveix perfectament per aquest objecte; car fem notar com aquesta llengua es simple y fàcil. No obstant, existeixen moltes persones, quines creuhen que això no es veritat. No hi ha pitjor cego que aquell que no hi vol veure; ningú es més sord que aquell que no hi vol sentir. Que ho mirin, que posin atenció, qu'escoltin y llegeixin y faran constar que som raho-nables quan sostenim que cap llengua natural es més fácil y regular que l'*Esperanto*.

(Del primer *Manual* de la casa Hachétte.)

La miseria

Á pesar de todas las teorías especulativas, á pesar de las afirmaciones dogmáticas de una ciencia económica ortodoxa, el pauperismo no existiría sin la desigual repartición de las subsistencias. Que haya holgazanes y viciosos, fautores directos de su miseria es indudable; pero el vicio y la pereza no pueden ser invocados como causa del estado de sufrimientos y privaciones en que vegetan tantos desgraciados; si fuese así habría que desesperar, sino de la inteligencia, de la energía y de la moralidad de la nación.

La intensidad del pauperismo, con un poco de observación es fácil de medirla exactamente. ¿Se trata de la miseria confesada, declarada oficialmente, públicamente socorrida? Pues en seguida sabemos que 1.500,000 individuos participan anualmente de las distribuciones de la asistencia pública y cuestan 33.000,000 de francos; 400,000 enfermos se hacen cuidar en los hospitales; 70,000 inválidos, viejos ó incurables indigentes no tiene otro asilo que el hospicio; 40,000 alienados están á cargo de los Municipios y de las Diputaciones; es preciso asistir á 70,000 niños hallados, abandonados ó huérfanos y socorrer á otros 47,000 en su domicilio; caridad oficial, administrativa, absorbiendo 110.000,000; es decir, que la parte válida y productiva de la nación debe asistir á más de 2.000,000 de individuos de todas edades, casi la décima parte de la población laboriosa. Y siendo la asistencia casi nula en el campo, es imposible evaluar el número de indigentes vergonzantes que prefieren sufrir todo género de privaciones antes que recurrir á la caridad, pública ó privada.

¿Hay que hablar de los 400,000 individuos que pueblan los presidios, casas de corrección, galeras y demás centros de esta índole? ¿No estamos ya de acuerdo en atribuir una buena parte de los crímenes y delitos á la miseria?

¿La miseria no es también causa de esta enorme mortalidad de niños de menos de un año y de uno á cinco, mortalidad tal que más de una cuarta parte de los nacimientos anuales no llegan á la edad de cinco años?

También podemos acusar á la miseria de perjudicar la salud y desarrollo físico de la juventud, fenómeno de cierta gravedad, puesto que en el reconocimiento de quintos eliminan del servicio aproximadamente la cuarta parte por inútiles.

Si del pauperismo propiamente dicho pasamos al examen de las condiciones de existencia hechas medianamente á los trabajadores, debemos confesar que son deplorables. Se puede uno convencer consultando buen número de documentos, sobre todo los informes de las comisiones de higiene ó de las comisiones de información nombradas en tiempo de epidemia. Amontonamiento de familias en locales estrechos, malsanos, situados en los barrios más olvidados; alimentación escasa y de mala calidad; siempre y por todas partes las comisiones de higiene encuentran la misma lamentable manera de vivir. Entre el público, se juzga demasiado á la ligera tomando por tipo las nuevas condiciones de vida, un poco mejores, de dos ó tres grandes aglomeraciones, de París sobre todo; pero que se recorra la mayoría de las grandes y pequeñas ciudades de Francia y se verá el atraso en que aun están, en este siglo de progreso, de inventos vertiginosos, las poblaciones asalariadas.

En cuanto á los proletarios de las campiñas, no podrían creerse las descripciones detalladas que podríamos hacer de su existencia aun que nos valiéramos de los documentos oficiales menos dudosos, y más moderados en sus apreciaciones. ¿Qué pueden ser, en efecto, estas 250,000 casas con una sola abertura, las otras 1,800 con dos, las 1,600 con tres? Las habitaciones de los pueblos son generalmente malsanas, bajas, húmedas, faltadas de aire puro y de luz; las habitaciones de los campesinos, establos y corral forman una sola pieza en donde se amontonan hombres y animales, estiércol y toda clase de detritus. La alimentación es destestable, no siempre suficiente para reparar las fuerzas perdidas, mal compuesta y primitivamente preparada: el centeno, las patatas, el maíz, las castañas y malas hortalizas la componen ordinariamente. No siempre se come pan de trigo; carne, casi nunca, es un alimento de lujo por excelencia.

Así, mil otros casos de observación corriente podríamos citar que vendrían á aumentar los precedentes y demostrar con ellos hasta que punto es incierta, miserable, bárbara, atrasada la situación de los trabajadores, de esta multitud que el derecho moderno proclama libre, pero que de hecho es esclava de las necesidades las más imperiosas, las más brutales de la existencia.

FERNAND MAURICE

• • • • • •

Poco á poco la conversación se hizo interesante, y Micromegas (ser imaginario de ocho leguas de estatura, habitante de un planeta de la estrella Sirio y llegado á la tierra en compañía de un habitante de Saturno) habló de esta manera:

«¡Oh, átomos inteligentes, sin duda gozaréis alegrías bien puras en vuestro globo, porque con tan escasa materia debéis pasar vuestra vida pensando y amando, como corresponde á verdaderos espíritus! No he visto en parte alguna la felicidad verdadera; aquí existirá sin duda.» Á este discurso, todos los filósofos movieron la cabeza negativamente, y uno de ellos, más franco que los otros, declaró de buena fe que á excepción de un corto número de habitantes, muy poco considerados, el resto es un conjunto de locos, de perversos y desgraciados. «Tenemos materia de sobra para obrar el mal, si el mal procede de la

materia, y demasiado espíritu, si el mal procede de éste. Sepa usted que en este momento en que le hablo, (en 1737, en cuya fecha había guerra entre rusos y turcos), hay cien mil locos de nuestra especie que usan sombreros, que matan otros cien mil que se cubren la cabeza con un turbante, ó al revés, y que así se hace en casi toda la tierra desde tiempo inmemorial.» El siriano tembló, y preguntó cuál era el motivo de tan horribles querellas entre tan raquíticos animalillos. «Se trata, dijo el filósofo, de un montón de barro (la Crimea, que pertenecía entonces á la Turquía), no más grande que vuestro talón, y no es que á ninguno interese lo más mínimo el asunto por el cual se hacen degollar, sino que es cuestión de saber si ha de pertenecer á un hombre á quien se llama *Sultán* ó á otro llamado *César*. Ni el uno ni el otro ha visto, ni verá; el rinconcillo de tierra de que se trata, y casi ninguno de esos animalillos que se degüellan mutuamente ha visto jamás el animal por el cual se matan.»

—¡Ah, desgraciados!, exclamó el siriano con indignación, es inconcebible ese exceso de rabia furiosa. Me vienen ganas de dar tres patadas y aplastar ese hormiguero de ridículos asesinos.

—No se tome usted esta molestia, se le respondió; hasta trabajan ellos para su propia ruina. Al cabo de diez años no quedará ni la centésima parte de esos miserables, y aun cuando no hubiesen recurrido á las armas, el hambre, el cansancio ó la intemperancia se llevaría á todos. No es á ellos á quienes hay que castigar, sino á esos bárbaros sedentarios que, desde el fondo de su gabinete, mandan, mientras hacen la digestión, el asesinato de un millón de hombres y que dan luego solemnemente gracias á Dios.

VOLTAIRE

El hombre y el señor

(CUENTO)

Cierto industrial tenía su negocio en una tiendecita; sin ser lo que se llama un tendero, porque no vendía al menudeo, la calificación de comerciante le venía ancha, aunque como tal figuraba en el registro de contribuyentes. Con eso quiero decir que, necesitando tener en su tienda un vigilante mientras él se ocupaba en las habitaciones interiores, por ser escasa la afluencia de clientes y tener otros quehaceres, alquiló un muchacho que vino de su pueblo á la capital á hacerse hombre, y le instruyó de esta manera:

—Mira, Pascual; si viene un hombre á preguntar por mí, le dirás que no estoy; pero si viene un señor, me avisarás en seguida.

Aquel patrón tenía sociología parda, y el muchacho, inteligencia de pobre escamado.

El uno quería decir: no me hagas perder tiempo con el que nada puede dar de sí; y el otro pensó: ¡te veo! De modo que se entendieron perfectamente. Para probarlo, el principal preguntó al dependiente:

—¿Qué es aquel que pasa por la acera de enfrente?

—Un hombre, respondió Pascual sin la menor vacilación, viendo un individuo con gorra, blusa y zapatos ladeados.

—¿Y aquel otro?

—Un señor, porque vió un elegante de levita, sombrero tubular y botas lustrosas, que caminaba despacio, se apoyaba en el bastón y se atusaba el bigote.

Quedaba hecha la prueba con los sujetos de aspecto bien definido; faltaba hacerla con los de apariencia dudosa, y el patrón lo dejó á la práctica.

Apenas comenzó Pascual á ejercer sus funciones, se presentó un individuo preguntando:

—¿Está el amo?

Examinóle Pascual un instante: por la rudeza de sus modales y la pobreza de su vestido, le calificó de hombre, y contestó:

—No señor.

—Lo siento, dijo el hombre; venía á pagarle una cuenta. Volveré otro día, y se fué.

Al poco rato se presentó otro bien vestido, con cara risueña que preguntó con tono amable:

—¿Está don Francisco?

—Sí, señor; espere usted un momento, y corrió á avisar que un señor esperaba.

Apareció el patrón, y el visitante le presentó una factura que importaba una regular cantidad, que tuvo que pagar á toca teja.

Cuando el dependiente le refirió que un hombre se había ido sin pagar y un señor le había sacado los cuartos, comprendió lo absurdo de ciertos convencionalismos sociales contrarios al buen sentido, y estableció la igualdad para todos sus clientes, dando las órdenes oportunas á Pascual.

«El que no trabaje que no coma», ha dicho San Pablo. Muchos comen que no trabajan, pero ninguno que no trabaja es persona; es cosa, *que anda descalza ó en coche, cubierta de galas ó de andrajos, pero* cosa siempre. *La persona es una actividad consciente y útil; todo lo demás son cosas que, según las circunstancias, podrán ser más ó menos perjudiciales, pero que lo son siempre para sí y para los demás, porque en el combate de la vida no hay neutralidad posible; hay que decidirse por el bien ó por el mal.*

CONCEPCIÓN ARENAL

• • • • • •

El marido á quien entregan una joven ignorante ¿no es dueño de reformarla á voluntad y á su imagen, cuando ella le ama? Para ella es un Dios que puede crearla de nuevo, con la omnipotencia del amor. Pero

á él le había invadido cierta languidez, cierta ceguera y sólo al cabo de tiempo fué cuando advirtió la verdadera ignorancia que había en el cerebro de su Genoveva, cerebro de mujer desconocida y enemiga, cuyo lento despertar podía producirse mediante el choque de las circunstancias. Lo que renacía en ella eran los primeros años, la adolescencia, la niña arrodillada en camita blanca bajo las alas del Ángel de la Guardia, la primera comunión, la prometida á Jesús, con su lindo traje blanco, la jovencita extasiada en un rincón de la capilla, á la sombra del confesionario, con la cabeza aturdida todavía por la confesión de sus pecados. Aquel tibio baño de religiosidad, debajo del cual había crecido, era indeleble. La Iglesia impregna para siempre al niño de su fuego y su aroma; todo vuelve á brotar más tarde; el arrullo de los órganos, el esplendor imponente de las ceremonias, la poesía de las campanas. Al envejecer, la mujer vuelve á la infancia y se duerme de nuevo en las creencias dichosas del catecismo, absurdas y pueriles. La Genoveva adorada que Marcos creyó que le pertenecía por completo, se le aparecía poseída por otro, llena de un indestructible pasado, de que él no formaba ni podía formar parte. Con estupor empezó á advertir que no tenía nada de común, que había pasado por ella sin modificar su sér interno, moldeado desde la cuna por diestras manos. ¡Qué pesar el suyo por no haber aprovechado los primeros días de matrimonio, las horas de completo abandono, para tratar de llegar á la inteligencia de ella, para ir á conquistar su espíritu, pasando más allá del rostro encantador que cubría de besos! Hizo mal en dormirse sobre su felicidad, en vez de rehacer de nuevo la instrucción de aquella niña grande tan cariñosamente abrazada á su cuello. Puesto que quería hacerla suya, ¿por qué no se condujo como hombre avisado y discreto, á quien los deleites del amor no privan del uso de la razón? Ahora le hacían padecer su vanidosa ilusión de entonces, su pereza y su egoísmo, que no le dejaron hacer nada por cobarde temor de perturbar su dicha de enamorado.

Pero ya el peligro era tan grave que estaba decidido á luchar. Sólo le quedaba una disculpa, la última, para no intervenir con energía; el respeto á la libertad ajena, la tolerancia para con toda fe sincera, respeto de la mujer que había elegido por esposa. Así como en lo pasado consintió casarse por la Iglesia y no se opuso después al bautismo de su hija Luisa, por debilidad de hombre enamorado, no se sentía con fuerza é intolerancia suficientes para prohibir á su mujer que cumpliera los deberes religiosos, que confesase y comulgara, si su fe la impulsaba á ello. No obstante, habían variado las circunstancias y habría podido alegar en favor suyo que en la época de su boda y del nacimiento de su hija, él era en realidad indiferente, y que se había ido emancipando y afirmando más en sus ideas de día en día al aceptar la misión de enseñar la verdad á los pequeñuelos. Esto le imponía un deber: el de dar ejemplo, el de no consentir en su casa lo que en las ajenas reprendía. ¿No le echarían en cara á él, maestro laico, tan francamente opuesto á la ingerencia del cura en la educación de la infancia, el que dejase á su mujer ir todos los domingos á misa y llevar á Luisita, cuyos precoces siete años balbuceaban ya largas oraciones? Pero, sin embargo, no se consideraba con derecho para impedirlo; tanto podía en él el respeto innato á la libertad de conciencia, cuyo pleno disfrute reclamaba para sí. Y sintiendo como sentía imperiosa necesidad de defender su dicha, no veía que fuesen posibles otras armas, en su hogar doméstico, que la discusión, la persuasión, la lección cuotidiana de la vida en lo que tiene de sano y lógico. Lo que desde el primer día debió hacer para conquistar á su Genoveva, iba ahora á intentarlo, no sólo para volverla á la saludable verdad humana, sino también para evitar que su querida Luisa la siguiese al mortal error católico.

EMILIO ZOLA

(De *Verdad.*)

Sindicalismo y parlamentarismo

El telégrafo nos comunica que el partido demócrata socialista alemán, en su último Congreso celebrado en Mannheim, acaba de tomar una importante decisión. Citemos al principio textualmente el telegrama de la Agencia Reuter:

«El Congreso adoptó enseguida por 386 votos contra 65, la segunda parte de la resolución que declara que las uniones de oficio (los sindicatos) son organizaciones *indispensables* para el mejoramiento de las condiciones sociales de las clases obreras, y *que no son menos indispensables que el partido democrático socialista mismo.* Por consiguiente, es á menudo esencial para los dos organismos obrar de común acuerdo en su lucha. Para asegurar esta unidad de pensamiento y de acción, se declara de absoluta necesidad que el movimiento sindicalista esté inspirado por el espíritu de la democracia social.»

Así, pues, el partido social demócrata alemán, que durante tantos años ha luchado — como así lo hemos hecho constar aquí mismo — contra la organización independiente de los oficios, que declaró antes inútil al lado de la democracia social, y que durante tanto tiempo ha buscado absorberla, se ha visto precisado á reconocer «la indispensable necesidad» de una poderosa organización sindicalista, *tan indispensable también como el mismo partido democrático socialista.*

Añade que es de absoluta necesidad que el movimiento sindicalista esté «*imbuído* del espíritu de la democracia social», pero esto no es nada más que un piadoso deseo; ha arrojado lejos de este deseo á las ambiciones de antes, que eran las de *absorber*, en

principio, la organización sindical, ó al menos, el dirigirlo bajo mano.

* * *

Esto se comprende. Por más archimoderada que sea la organización sindical en Alemania — y se ha visto que lo es bastante por su resolución del Congreso de Colonia — no se ha dejado gobernar por los jefes parlamentarios de la democracia social. Hay sindicatos inspirados por los socialistas autoritarios y parlamentarios; los hay que están influídos de un espíritu burgués, y los hay, en fin, independientes que detestan sus patronos y están dispuestos á luchar contra ellos con encarnizamiento en el terreno económico. Pero unos y otros están constituídos absolutamente aparte de los partidos políticos socialistas. El número de sus individuos ha aumentado mucho últimamente — en Alemania como en todas partes — y las últimas cifras dan por Alemania cerca de un millón de obreros sindicados, organizados fuera de los partidos políticos.

Á este millón de hombres es á los que los jefes socialistas demócratas han acabado por reconocer la existencia. No les piden más que se dejen absorber por la organización política, acaban por reconocer que la organización sindical *debe* quedar *separada é independiente de la organización política*. Todo lo que ellos piden actualmente es «obrar de común acuerdo en su lucha» de colaborar cuando la ocasión se presente.

* * *

Es evidentemente el mejor medio — el solo medio — de establecer una colaboración eficaz, en lugar de los conflictos que los mandones de la democracia social buscaban al conquistar los sindicatos y hacerles la ley.

Pero aun hay más. El mismo fenómeno se observa en todas partes. Los trabajadores se aperciben que habían hecho falsa ruta cuando permitieron á los políticos socialistas demócratas invadir sus organizaciones profesionales y hacerlos un instrumento de lucha parlamentaria.

La idea fundamental de los trabajadores franceses é ingleses, cuando se entrevistaron por primera vez en 1864, para fundar una Asociación internacional de trabajadores, fué la de constituir una fuerza obrera formidable que pudiese imponer su voluntad á los empresarios de la industria. Obtener de ellos en principio las mejores condiciones de trabajo — mejor salario, reducción de horas de trabajo, talleres mejor saneados, máquinas menos peligrosas y así sucesivamente —. Pero también tomar, en definitiva, en sus manos, la organización misma de la industria.

Porque es preciso no equivocarse. Desde 1830, cuando Roberto Owen fundó en Inglaterra la grande Unión de los Oficios (que él quiso convertir en internacional), la idea entró ya en los obreros ingleses, de hacer de sus uniones algo más que un simple instrumento para la mejora de los salarios. Ellas debían ser forzosamente *las corporaciones que un día tendrían en sus manos toda la organización de cada ramo de la industria*. Esta fué la idea fundamental de Owen.

Desde 1830, los obreros ingleses perseguían este plan. Cuando ellos establecieron estos cuadros de una complicación inusitada, por los cuales está regulada toda la escala de los salarios en las numerosas ramas del tejido — organizaron, por decirlo así, la industria del tejido —. Hasta el presente estos cuadros cuidadosamente revisados de año en año rigen esta industria.

Cuando los mineros ingleses aceptaron la *sliding scale* — escalo móvil — de los salarios, que depende de los precios á los que se venden los diversos carbones, se hicieron, por así decirlo, co-gerentes, co-participantes de la industria minera. Establecieron como un primer jalón para llegar á ser co-propietarios.

Y esta idea jamás ha sido abandonada entre los trade-unionistas ingleses.

Cuando se encontraron en 1864 con los mutualistas (proudhonianos) franceses para fundar la Internacional, el fondo de su idea fué el principio de crear la fuerza capaz de imponer á los patronos las mejores condiciones de trabajo. Pero también, y sobre todo crear en la clase trabajadora las corporaciones de oficios que un día podrían substituir á los patronos y tomar en sus manos la producción y la gestión de toda la industria.

Se ha necesitado toda la fuerza de la burguesía venida á la Internacional; se ha necesitado el desastre de la Francia y la imposibilidad, por los franceses, de pertenecer á la Internacional; se ha necesitado, en fin, todo el conglomerado estadista y parlamentario de los alemanes aprendiendo el alfabeto del socialismo; y también es triste el constatar el espíritu de intriga de Engels y de Marx, para substituir á la idea madre de la Internacional, que era la idea sindical, esta otra idea de hacer de las uniones obreras una máquina para la conquista de escaños socialistas demócratas en el Parlamento.

Ha precisado, en una palabra, este gran escamoteo que substituya la *democracia socialista* por el *socialismo*.

* * *

Después de treinta años se ha hecho un poco en todas partes el ensayo de democratismo social parlamentario. Un poco en todas partes se ha ensayado el destruir el movimiento sindical, de obstaculizarlo, para después dominarlo por el socialismo democrático político. Parecía haberse logrado. Pero en el momento mismo en que se creía en el éxito, he aquí que el movimiento obrero de la antigua Internacional franco-inglesa de 1864 renace. Las uniones de oficios levantan su cabeza, se reorganizan, se engrandecen en

todas partes y por todas partes se emancipan de la tutela de los políticos.

Es natural. Las dos perseguían dos objetos diferentes.

Los socialistas demócratas de la escuela alemana querían *el socialismo gubernamental,* el ser *todos funcionarios,* como dijo Brousse, ó mejor dicho, *el capitalismo gubernamental,* del que los ferrocarriles del Estado nos dan un anticipo.

Mientras que las uniones obreras, que tienen su origen en el movimiento de Owen, los socialistas franceses y en la Internacional de 1864-1871, persiguen un objeto bien diferente. Su idea es la de encontrar el *medio para los trabajadores, organizados por oficios, de apoderarse de todas las ramas de la industria* y de preparar los medios para *ser gerentes* ellos mismos de estas industrias en el progreso de la sociedad.

Esta idea, que han buscado matarla para sustituirla con la del capitalismo del Estado, continúa viva en las masas de las *Trade-Uniones* inglesas, al mismo tiempo que los trabajadores, en presencia de todo lo que se les ha dicho sobre el socialismo titulado científico, no se atreven bastante á expresar su pensamiento.

Pero desde que la grande huelga de los docks de Londres hizo concebir algunas esperanzas, los trabajadores ingleses expresaron abiertamente la idea de tomar los docks por la unión de los *dockeros,* y de regentar la explotación por la Unión Obrera.

Por otra parte, la grande Unión de Cooperadores ingleses me escribía un día: «no podríais, compañeros, darnos un artículo escrito sobre la manera cómo las Uniones de Trabajadores de los Ferrocarriles podrían administrar toda la red de caminos de hierro ingleses, ellos mismos, *sin que el Estado ponga la mano sobre los caminos de hierro?*»

He aquí donde dirigen sus miradas. No por el sistema de Witte ó del rey de Italia, que hace al Estado propietario y gerente de la industria de los transportes, sino que los trabajadores, ingenieros, maquinistas, etc., sean ellos mismos los *gerentes de esta industria.*

Y tienen razón. *Es esto lo que representa el porvenir.* Porque no será de los ministerios, será solamente de los mismos obreros, de donde podrá salir la gestión honrada de las industrias.

***

Así, las necesidades de momento, las necesidades de la lucha de todos los días entre el obrero y el patrono, los mil accidentes de esta sorda lucha que los trabajadores han de sostener en cada taller, en cada mina, en cada fábrica, son tan evidentes que no puede haber la menor duda sobre la necesidad absoluta de las uniones obreras, completamente independientes de los partidos políticos, socialista y otros. Cada trabajador se apercibe de ello cada día. Sabe que si mañana las uniones de oficio se debilitasen, todas las conquistas hechas quedarían á merced de los patronos.

Pero hay también la previsión de las necesidades de un porvenir inmediato. De una manera ú otra la socialización de los medios de producción se impone. Todos la ven venir. Cada obrero comprenderá que sólo los mismos trabajadores pueden organizar la gerencia de las industrias, el día que ellas empiecen á ser socializadas. Como podrían, entonces, dejar la tarea inmensa de todo el trabajo preparatorio á los escritores, á los abogados, á los burgueses, aunque estuviesen animados de las mejores intenciones.

La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos, se dice generalmente. Pero el medio en el cual esta emancipación se realizará debe ser también un medio de los trabajadores mismos.

KROPOTKINE

Dónde están nuestros ahorros

(CUENTO)

En un pueblo de aquella hermosa Andalucía en que, según gráfica expresión, para dar idea de la feracidad de su suelo, se dice que «hasta las piedras dan pan», se hallaban un día tres trabajadores, en un rato de descanso que se permitieron burlando la vigilancia del amo, refiriéndose mutuamente sus cuitas.

Todos concordaban en sus miserias: con el producto de su trabajo no comían, ni vestían, ni disfrutaban á la medida de sus necesidades. Veían aproximarse la vejez, y les asustaba aquel triste período de agonía que había de mediar entre su último jornal y su último suspiro.

Uno decía: para procurarme una jubilación he ahorrado, pero mis ahorros, además de representar grandes privaciones, los ha consumido una miseria con que no contaba, con que no quería contar: una enfermedad.

Otro: yo jugaba á la lotería esperando la ayuda de la fortuna, y no he conseguido más que contribuir á la fortuna de otros.

El último: yo he gastado cuanto he ganado y aún me he quedado corto, y no me explico cómo podíais retener cantidad alguna para el ahorro ó para el juego.

En esto se oye una voz que grita:

—¡Á trabajar, gandules!

Era el amo.

Los infelices agacharon las orejas bajo el peso de la injuria; empuñaron sus herramientas y se pusieron á trabajar.

En cuanto pudieron reunirse nuevamente los tres, dijo el que había hablado el último: los ahorros que tú te proponías y el premio gordo que tú buscabas lo mismo que lo que á mí me faltaba para colmar mi

mil kilómetros por segundo; y para que nos llegue desde las estrellas más lejanas, se calcula que necesita como un millón y medio de años. De donde se sigue que si el profeta Elías y Jesús han ascendido al cielo, como lo aseguran los cristianos, por mucho que lo hayan hecho con la rapidez vertiginosa del rayo de luz, en la hora actual no han recorrido sino una pequeñísima parte del camino hasta el límite de las estrellas visibles con el telescopio.

Y, ¿qué más? Además, las deducciones de la ciencia no permiten aceptar más hipótesis que la de la infinidad de los mundos.

Por mucho que el astrónomo, armado con su telescopio, escudriñe el cielo, no encontrará huella alguna del paraíso y se verá en el caso de repetir con el poeta Heine: «Abandonemos el cielo á los ángeles y á los chingolos.»

Y, ¿dónde está el infierno? Los teólogos concuerdan en emplazarlo en el centro de la tierra, y basan esa opinión, entre otras cosas, sobre las erupciones de los volcanes. Y, entre paréntesis, ¿querrá alguno decirnos cómo es que el Vesubio nunca arroja con sus lavas tan siquiera una muestrita de condenado ó de diablo arrastrado por la ola de fuego?

Cuando no se consideraba á la tierra sino como una llanura, se emplazaba el infierno debajo de la tierra; pero luego que hubo de reconocerse que es una esfera que gira en el espacio, no ha habido más remedio que colocar el infierno en su centro.

Más aquí vuelve á entremeterse esa fastidiosa, la Ciencia, para demostrarnos que la tierra se enfría poco á poco; á tal punto, que se puede calcular con bastante aproximación la época en que los diablos y los condenados no experimentarán más que un calorcillo suave, así como el momento en que los pobrecitos se quedarán helados.

Lo que no deja muy contentos á los teólogos, por cuya molesta razón empiezan la mudanza de su infierno, y se lo llevan á un lugar indeterminado del espacio.

Y, ¿por qué tanto empeño en que existan un cielo y un infierno, ya que no se sabe fijamente dónde ponerlos?

Vamos, es que toda la ganancia descansa sobre esas dos palabras: cielo é infierno, especialmente sobre la segunda. Ahora bien, no habría inconveniente en renunciar al cielo, pero á la ganancia, ¡eso jamás!

Del *Journal de Charleroi.*

Los que no leen en el mundo civilizado

Si hemos de creer á un sabio inglés, lee tan poca gente en este mísero planeta, que es vergonzoso vivir en él.

Bien es verdad, que siendo español debe uno estar acostumbrado á todo.

El inglés en cuestión nos ofrece su correspondiente estadística. Y según ella, los países donde hay más lectores son Escandinavia, Baviera, Baden y Wurtemberg; allí no hay un solo habitante que no conozca el alfabeto; sigue luego Alemania, con un 1 por 100 de personas sin instrucción.

Escocia, tiene un 7 por 100; Inglaterra y los Estados Unidos, un 8 por 100, en este último punto de la población blanca; Holanda, un 10 por 100; Francia y Bélgica, un 14 por 100; Austria, un 39 por 100; Hungría, un 43 por 100; Italia, un 48 por 100...

¿Y España?, dirá el lector.

¡Agarrarse! España, un 73 por 100.

No está, sin embargo, nuestra nación en el último lugar de la escala. Rusia tiene un 80 por 100 de analfabetos y Turquía muchos más.

Lo cual debe tranquilizar á los pesimistas. ¡El que no se consuela es porque no quiere!

Noticias y comentarios

El sábado próximo pasado, dió en el «Centre Català» de Sabadell, la anunciada conferencia inaugural de los cursos de «Esperanto», D. Domingo Bonet, profesor de dicha lengua auxiliar y redactor del semanario «Joventut», de Barcelona.

No hay que decir lo bien que explicó dicho señor el origen y el objeto de dicha lengua.

Basta consignar que su discurso, impregnado de magníficos ejemplos para demostrar la facilidad de la lengua «Esperanto», fué premiado con un sinnúmero de justos aplausos.

Hemos de consignar también la asistencia en el acto de dos ¡solamente dos! señoritas, hija una de un socio del «Centre Català» y alumna la otra del curso ya empezado en la «Federación Obrera Sabadellense».

¿Pensarán las aristócratas señoritas del «Centre Català» que es más conveniente ejercitar el cuerpo perteneciendo ó siendo asíduas concurrentes á los gratuitos espectáculos que da «El Foment de la Sardana»?

✿

Es digna de aplaudir la campaña contra el actual régimen celular que se ha emprendido, en particular en Barcelona.

Tiempo ha que se hacía necesario alzar la voz contra las iniquidades que se cometen en estos establecimientos que hemos dado en llamar modernos.

✿

Hemos recibido una interesante correspondencia extranjera, que por el exceso de original esperamos publicar en el próximo número.

Imp. Mallorca, entre 237 y 239